

Reingresó en 1920 Alfonso Reyes en la carrera diplomática. Don Eliseo Arredondo cumplió el pacto de retroventa y envió al gran escritor el espadín con otra misiva en verso, pues

“No deben tratarse en prosa
los conciertos de la espada...”

Creo que en 1921 era Alfonso Reyes Encargado de Negocios de México en Madrid. Había abandonado ya la *casa de hielo*, en la calle de General Pardiñas, en donde yo tengo aún el piso que alquiló en 1918, alentado por la vecindad del fraternal amigo. Vivía en un piso suntuoso, muy confortable en la calle de Serrano. Allí nos reuníamos unos cuantos amigos los domingos. La tertulia literaria propiamente la mantenía Reyes en otro lugar: en la rotonda del Hotel Palace. Eran los jueves por la noche. Se le empezó a llamar el *Jueves Club*. No vi nunca en ella a un íntimo amigo de Alfonso: Don Luis G. Urbina, el romántico del modernismo. Urbina andaba en una empresa investigadora en el Archivo de Indias, en donde le vi muchas veces, pero pasaba largas temporadas en Madrid. Conservaba un recuerdo conmovedor de La Habana, a donde llegó una vez lanzado por el vendaval revolucionario que azotaba a su patria. En cierta ocasión hizo Don Luis un regalo a Alfonsito, hijo único de Reyes, que tendría a la sazón siete u ocho años. Se lo envió con un fino soneto en alejandrinos. Alfonso lo recoge en su libro y recuerda en una nota que ya lo publicó en su *Recordación de Urbina*, y que lo ha traducido al francés Jean Camp, en su antología de sonetos castellanos *La Guirlande Espagnole*, México, 1947.

Como un homenaje al poeta de *El Lago* (que tiene su paralelo en *El poema del Mariel*, elaborado en los días cubanos de Urbina), reproducimos la delicada poesía:

UN PRESENTE

Te envió, hermano Alfonso, la traviesa criatura
que va dar a tu hijo doméstica alegría.
Tienen sus ojos grises candidez y ternura,
y su hocico, fragancia de leche todavía.

Hace los movimientos de un tigre en miniatura.
Todo él es seda y gracia, suavidad y armonía.
Divertirá a tu niño con su ágil travesura:
Dos inocentes viven en buena compañía.

Es vulgar la calumnia de ingratitud. ¿Quién tasa
la del hombre y la bestia? Como el de Asís, yo acato
la ley divina: creo que en el amor se basa

toda una vida. Y en prenda de que no soy ingrato,
mando para la tuya la joya de mi casa:
un ser gracioso y fino como una flor: un gato.

Madrid, 29 de septiembre de 1921.

En 1925, Reyes es nombrado Ministro en París. Durante una larga década seguirá en la diplomacia activa. Estos años tienen una profunda resonancia en *Cortesía*. Recordaremos algunos de sus momentos característicos en un último artículo.

José María CHACÓN Y CALVO.

Diario de la Marina, La Habana.

Agosto 29 de 1948.

(Alfonso Reyes: *Cortesía*: Un volumen de 337 páginas. Editorial Cultura. T.G.S.A. México, D. F., 1948).

III

Cuando Alfonso Reyes dejó a España se le ofreció un banquete de despedida en el que estaba la plana mayor de las letras españolas. Hasta don José Ortega y Gasset, que frecuentaba muy poco esa clase de actos, se creyó obligado a asistir. Azorín, que años antes en su etapa de subsecretario de Instrucción Pública había obtenido el concurso directo de Reyes en uno de sus viajes oficiales por Francia (si no me es infiel la memoria en el homenaje rendido a Montaigne por la ciudad de Burdeos) era también uno de los comensales. El agasajo lo ofreció don Eduardo Gómez de Baquero, crítico ilustre y símbolo de la cortesía en las letras. El discurso de gracias de

Alfonso Reyes fue una página de penetrante emoción y de sabor autobiográfico. Desde entonces no tuvo misión oficial el autor de *Cortesía*, en España, aunque visitara el maravilloso país en otras ocasiones.

En Francia pasó unos tres años. En *Cortesía*, fechados en 1927, hay unos versos firmados por el Vizconde de Lascano-Tegui, de franco humorismo y que se titulan "Despedida a Reyes". El comienzo nos da ya la tónica de la ingeniosa composición:

A don Alfonso Reyes lo han llamado de México.
Me refiero al poeta y no al embajador.
Su familia ha sabido que había adelgazado
y que escribía versos de amor.
Me ha parecido extraño que un motivo tan íntimo
se haya sabido en México y que el temor
de lo que ocurre en casos semejantes
preocupe a la familia del sensible escritor.

Estos versos elogian la actividad sin desmayos del escritor:

¡Oh terrible sobrino, que publica libros
de estética con el nombre del embajador,
escritos con pureza digna
del cisne de Anacreón!
Pesadilla del tío que redactaba notas
a máquina y sin ninguna emoción
"saludando a Su Excelencia
con mi más alta consideración".
Nosotros, los que somos amigos del sobrino,
despidiéndonos del tío, con toda gravedad,
podemos repetirle sin ambages
cuánto lo quisimos. Y aunque no es de nuestra edad
el señor venerable que ilustró con sus obras
la biblioteca de la amistad
franco-mexicana, tendrá la inocencia
de aflojar una sonrisa y nos comprenderá.

La parte IV del libro relata los comienzos de las misiones del Plata: Fué Alfonso Reyes embajador en Buenos Aires y en Río de Janeiro. Esta fué la última misión diplomática de nuestro autor: un grave error de los gobiernos es no hacer de estos hombres sus

Embajadores perpetuos. Lo es Reyes con títulos imprescriptibles: los de la universalidad de su cultura.

Fernández Moreno, el poeta rioplatense es la primera figura argentina que aparece en *Cortesía* rindiendo homenaje al mexicano universal. *La Salutación a Alfonso Reyes* tiene la gallarda, la fina espontaneidad de la obra del poeta. Extractamos la brillante poesía:

Si yo fuera mexicano
Y hubiera usado un sombrero
de ésos que acaban en punta
y se abren en amplio ruedo;
de ésos que echados atrás
con la cinta por el cuello
fingen aureolas de santo
o un sol que fuera saliendo;
o que arrojados al campo
desde el caballito tieso,
podrían servir de tienda
a un señido guerrillero;
de ésos en cuyas alas
en verbenas y en jaleos
más de un baile de colores
pespuntearon pies pequeños,
por los caminos del mundo
me llevaría uno de ellos
y en mis horas melancólicas
me lo pondría un momento.
Seguro que a su contacto
—caricia, perfume, alero—
yo sentiría mi frente
marchita por el recuerdo,
la patria lejana
con su tierra y con su cielo...

Puede ser que a Alfonso Reyes
algo le ocurra al respecto
y en sus cofres de ministro
se aplaste un sombrero de esos
que cuando se sienta triste
le corra con el remedio.
Que mientras se encuentra aquí
no eche de menos a México:
¡Por que no se ponga nunca
su sombrero!

El mismo Fernández Moreno que ha contado con delicada emoción sus recuerdos de una de las tertulias más brillantes de Buenos Aires, la de la señora de Rinaldini, vuelve a hablarnos de Reyes.

Con dos Alfonsos se honra
la tertulia de los viernes,
y con dos Pedros también,
rotunda baza de Reyes.

El comienzo de la poesía, que se titula *La tertulia de los viernes*, también de Fernández Moreno, está dedicada a su gran animadora la señora Doña Nieves Gonet de Rinaldini, es muy brillante.

Mientras la enorme ciudad
por calles y plazas mueve
sus rebaños de automóviles
de balidos diferentes,
y las ventanas despiertan,
y los jardines se duermen,
y el centro es un torbellino
de azules, rojos y verdes
y un blanco y negro de cines,
y un turbio de cabaretes,
enciende su luz tranquila
la tertulia de los viernes.

Y que no la enciende en vano
dan señales bien patentes
porcelanas y cristales
en generosos manteles.
El ala de Amado Nervo,
por el año diecinueve,
se proyectó sobre ella,
sombra fugaz e indeleble.
Y manos de la tertulia
tocaron su cuerpo inerte:
homenaje de marfiles,
a ceras y livideces.
Andaba yo por los campos
entre auroras y ponientes.

En 1931 Reyes llega como embajador a Río de Janeiro. Encuentro en las primeras páginas de esta parte del libro unos versos que recuerdan a nuestro José María Heredia, a propósito de unas investigaciones del erudito mexicano don Nicolás Rangel, y que me honran mencionándome:

José María de Heredia
gana doblada merced:
ayer fué Chacón y Calvo,
hoy es Nicolás Rangel.
(Nicolás Rangel ya sabe
lo que yo siento de él,
ni es fuerza que se lo diga
con letras en un papel).
El cubano mexicano
cantor del Teocali, el
cantor del Niágara, el mismo
que fue tío del francés,
está de plácemes: ¡tantas
plumas tejen su laurel!

Y es en esta etapa de Río donde Fernández Moreno deja un nuevo espléndido tributo a la *tertulia de los viernes*. Tiene ahora un subtítulo: *Ausencias*. Entre ellas está la de Reyes:

Sanín Cano está en Colombia,
espacio para estar tiene
vestido de un ambo blanco
bajo un quitasol de preste,
acaparando esmeraldas,
descabezando serpientes.
Y allá en Río de Janeiro
se madura Alfonso Reyes,
en soledades de arenas
y en secretos de vergeles.
Me dicen que tarde a tarde
Alfonso salta a los muelles,
a dejarse las miradas
en el jazmín de las hélices,
que le atosigan bordados
y el espadín se enmohece,
Henríquez Ureña vive,
mejor dicho: languidece,
en la partida Española
entre palmas y bajeles.

En un apéndice a la mencionada tertulia recuerda así a Vossler, el gran hispanista alemán:

Vossler es este alemán
a quien la luz esclarece.
Jamás la noble Heidelberg

soltó neblí que más vuele.
 Tú vendrás de donde quieras,
 serás sabio y hasta hereje,
 mas un castellano viejo
 es todo lo que pareces.
 De paño negro te vistes,
 te calzas de botas fuertes,
 tienes la color de tierra,
 de amapolas y de nueces,
 y aborrascados los pelos
 de patillas y copete.
 Sólo te falta al bolsillo
 cadenón de plata breve
 y un pañuelazo de hierbas
 para secarse la frente.
 Con una vara en la mano,
 con una capa solemne,
 con una montera altiva,
 y justiciero y prudente.
 ¡Qué hermoso talle de alcande
 del pasado o del presente!

Pero si seguimos extractando los bellos pasajes de *Cortesía* terminaríamos la reseña del libro en las kalendas griegas. Quere-
 mos recordar únicamente dos páginas de profunda intimidad. Oiremos la voz de uno de los más altos poetas de América. Y al-
 fonso Reyes, su amigo fraternal, afirmará su pura y eterna poesía.

Alfonso Reyes se dirige a don Enrique González Martínez, el poeta de *Los senderos ocultos*, que acaba de pasar por un dolor único: la muerte de su hijo, el joven Enrique González Rojo, poeta muy delicado, que desaparece en la flor de su juventud. Este es un soneto de Alfonso Reyes:

A E.G.M.

En esta soledad que ya comienza,
 la ruta desconozco todavía;
 todavía me pierdo en tan inmensa
 desolación y en la quietud tan fría.

Amanezco a cantar, y la suspen-
 sión se ahoga como en agonía:
 yo no sabía que el dolor dispensa
 de llorar y cantar; no lo sabía.

Si ayer me hacían las palabras fiesta,
 y el ruido de la gente compañía,
 hoy pregunto sin voz, y no hay respuesta.

Enrique, pon tu mano con la mía.
 Tú dijiste: —Callar, la ley es ésta.
 ¡Cuánta razón tu corazón tenía!

Lleva una nota el finísimo soneto de Reyes: "sólo publicado en 1947". Don Enrique González Martínez contesta con la herida sangrante todavía. Es uno de sus momentos de serenidad y de dolor casi inefables:

Norma violada

Respuesta a A. R.

Tu voz, amigo, me ennoblece el llanto
 que no ha cesado de correr un día
 y que el pudor del alma todavía
 cubre del sol con amoroso manto.

Tu mano fiel, atenta a mi quebranto,
 llegó hasta mi cuando el dolor me hería...
 Yo pensé entonces que callar sabía;
 hoy salta en alarido el desencanto.

Mi antiguo empeño de callar fue tanto
 que nunca el trance de la pena mía
 quebró la nota del ajeno canto.

Hoy da muerte al silencio la agonía
 y la vida es no más grito de espanto...
 ¡Ayer supe callar, hoy no podría!

Flota en las páginas animadísimas y brillantes de *Cortesía*, ahora en su etapa postrera, la sombra de un dolor sin palabras. Y todo se nos aparece con un nítido reflejo de las cosas eternas.

José María CHACÓN Y CALVO.

Diario de la Marina.

La Habana, Septiembre 5 de 1948.